

El concepto de dominicanidad y la emigración³

I. El malestar y la gloria

La República Dominicana ha llegado a la decrepitud económica, política y social. Para muchos el país está a punto de derrumbarse cual castillo de arena asediado por las olas. No conocemos precedente moderno de ningún país que simplemente haya perecido, sin haberle acaecido la incursión militar de hordas invasoras, la anexión a un territorio imperial vecino, o el azote arrollador de un cataclismo. Pero en nuestra tierra se ha hablado de ocaso y recurren palabras que anuncian el fin. Alienta, sin embargo, que, aunque con menos frecuencia, también se oye decir cosas como «hay que hacer algo» o «esto no puede seguir así». Se alude de esa manera a la necesidad de reconstruir y recomenzar y se confirma la idea de que todo anuncio del fin contiene una referencia inevitable al inicio de un nuevo ciclo. Además, el que ama a su patria no puede darse el lujo del pesimismo en lo que respecta al destino de su pueblo.

³ Publicado originalmente en *Punto y Coma* 4.1 -2 (1993): 161-169. Escrito a partir de una ponencia presentada en un encuentro organizado en Nueva York por el Bloque Socialista, Casa Julio de Peña Valdez, junio 23, 1991.

Durante su visita a Nueva York en este año (1991), en ocasión de conferírsele un doctorado *Honoris Causa* en Hunter College, Universidad Municipal de la Ciudad de Nueva York (CUNY), don Pedro Mir compartió con nosotros lo esperanzador que había resultado para él su contacto con dominicanos en la gran urbe. En un emotivo y ameno conversatorio con los estudiantes de Hostos Community College, CUNY, el homenajeadó hizo alarde de aquella devoción al evangelio de la esperanza que hiciera indiscutible su designación como poeta nacional de la República Dominicana. Sin esconder el pesar que desata en sus adentros el tener que reconocer la actual vigencia del hambre en la vida cotidiana del país, el vate se las arregló para pintar el futuro de nuestro pueblo con colores irónicamente positivos. Matando el cinismo con el amor y la sapiencia, don Pedro se sacudió del análisis luctuoso y puso el humor a trabajar en favor nuestro. Estimó inconcebible e inimaginable que en el país las cosas pudiesen empeorar ya que, según él, habían alcanzado el máximo grado de deterioro. Y añadió que precisamente por eso se debía concluir en que «de aquí en adelante es la gloria».

Desde la perspectiva de nuestra emigración entendemos, quizás con privilegiada preclaridad, el apego de Mir a la esperanza. Tal vez porque percibimos nuestra supervivencia como minoría étnica y nacional en Norteamérica vinculada a la preservación del país de origen, la comunidad dominicana en Nueva York vive predispuesta a la visión optimista del destino de nuestro pueblo. De ahí el gran entusiasmo, afecto y respeto de que fuera objeto don Pedro, cantor de la esperanza, en su encuentro con los dominicanos de Nueva York. Pues aquí la distancia del lar nativo nos hace aferrarnos a los tesoros nacionales. Cuidamos con sagrada convicción los patrimonios legítimos. Evitamos el riesgo de perder ciertos legados, en los que presentimos la clave de nuestra estabilidad síquica.

Si vamos a sobrevivir como pueblo habrá que contar con la reciprocidad de estos sentimientos en la tierra natal. Ahora que se impone la necesidad de articular algún programa para rescatar el país del fatal marasmo que tan visiblemente padece, ojalá que en el futuro los

arquitectos de la reconstrucción sepan aprovechar el caudal de experiencia acumulado por nuestra emigración. En este sentido, vimos con beneplácito la convocatoria que hizo recientemente en Nueva York un partido dominicano de izquierda con el propósito de discutir las opciones de supervivencia y superación que todavía posee la nación dominicana (Bloque Socialista, junio 23, 1991). Los organizadores se empeñaron en recoger los puntos de vista de un número significativo de voceros de la comunidad dominicana en Nueva York. En esa convocatoria nos pareció ver romperse una nefasta tradición y establecerse un precedente constructivo.

II. Para hablar del futuro

Tradicionalmente, los partidos dominicanos de izquierda y de derecha que abordaban temas relativos al devenir del pueblo dominicano, operaban como si sólo quienes aún residen dentro de los confines geográficos de la República Dominicana merecieran pronunciarse en torno al futuro nacional. No se solía dar cabida en tan importante diálogo a voces de la emigración. Parecía como si se nos hubiese relegado a una ciudadanía secundaria, como si se nos atribuyera sólo una importancia política indirecta.

Aún cuando se nos veía como factor deseable, se pensaba en nosotros, sobre todo, como entes capaces de aportar al desarrollo del país desde lejos, mediante remesas e inversiones. Rara vez se nos percibía como sujetos políticos, ligados inextricablemente al destino del país, es decir, como entes intelectualmente capaces de articular ese destino. Por eso celebramos la referida convocatoria, la que hizo honor al hecho de que nosotros, no sólo podemos ayudar a la patria desde aquí, sino que, aquí también somos la patria. Para explicar esto, permítaseme separar el concepto de la dominicanidad de consideraciones jurídicas y geográficas. De antemano anuncio que no me aferro a las definiciones clásicas de lo que constituye una nación.